

Itinerario
 Por Miguel de Marcos

Aventura del Banco Nacional

POSITIVAMENTE la construcción del Banco Nacional de Cuba encuentra dificultades en su camino. Primero se seleccionó una



manzana de terreno entre Obispo y O'Reilly. El alcalde Pozo se sintió urbanístico y efervescente. Rehusó el permiso, y apoyado en su dilatada experiencia arqueológica dictaminó que el edificio del Banco vendría

a romper el tierno canevá colonial de la Plaza de Armas. Un pequeño error del alcalde Pozo. A no ser que hubiera temido al riesgo de que Fernando VII se convirtiese en cliente asiduo del Banco Nacional. La manzana de terreno donde iba a ser erigido el Banco Nacional es ahora un páramo. Nadie sabe lo que brotará de ese desierto. Se habla de un pequeño parque en la superficie, de aliñado crocante colonial, y en el "underground", en el subterráneo, un vasto local de estacionamiento de automóviles, una zona de parqueo, como suele decirse con precisión callejera. Desde luego, como este es un país contradictorio, la zona primitiva en que iba a ser construido el Banco Nacional podría convertirse en un solar yermo, en un afable depósito de basuras o en un parque de caballitos, como otros que existen en lugares céntricos de La Habana, porque nuestro urbanismo de liga manigüera tiene razones que la razón no conoce.

El Banco Nacional de Cuba, a los efectos de cultivar eso que se llama "le tour du propriétaire" puso sus ojos tranquilos y cándidos en unos terrenos situados frente a la Avenida del Puerto, Surgieron inmediatamente las refutaciones, los dictámenes tranchantes, las repelencias urbanísticas. A lo que parece, si me atengo a los fervores y también a los furoros urbanísticos puestos en circulación, el proyectado inmueble del Banco Nacional vendría a devorar las pequeñas zonas verdes de la Avenida del Puerto, a contradecir el colonialismo del Morro y la Cabaña, a introducirse brutalmente en un paisaje de antaño con la torpeza de una mano hirsuta que destrozara la urdimbre de un maravilloso gobelino.

La protesta ha sido tan grande que, ahora, la "Asociación de Bancos de Cuba y Habana Clearing House", cubre con vastos anuncios la superficie de los periódicos, para demandar que el Banco Nacional de Cuba, —Banco de Bancos— deberá ser construido en la zona bancaria. Señalan el lugar escogido en la Avenida del Puerto y dicen con elocuencia: "La Asociación de Bancos de Cuba y el Habana Clearing House respaldan, por consiguiente, el bien fundado propósito de construir el edificio del Banco Nacional de Cuba en la mencionada zona, para que éste pueda cumplir cabalmente sus funciones de Banco de Bancos, cerca de las oficinas principales de quienes tienen que estar en contacto constante con dicha institución".

No soy urbanista. No soy banquero. Pero empiezo a creer que los urbanistas diplomados, de canuto profesional están siendo inclementes y excesivos con el Banco Nacional. Este, que representa entre otras cosas, nuestra soberanía económica, quiere tener casa propia. Es el afán de todo hombre de bien. Escribir un libro, tener un hijo, sembrar un árbol, vivir modestamente bajo techo propio, he ahí las cosas admirables que se le enseñan, desde la escuela, al niño bueno. Pues bien, el Banco Nacional de Cuba, a la hora de construir su casa, no encuentra árbol donde ahorcarse. ¿Pone los ojos en seis mil metros de terrenos situados en Mercaderes, San Ignacio, O'Reilly y Obispo? Ah, no, gran herejía urbanística. Eso deformaría la Plaza de Armas. ¿Intenta parquearse en la Avenida del Puerto, en una zona de tres mil metros? Gran herejía urbanística también.

Tengo un profundo respeto por los urbanistas, por todos, sin excepción. Por los diplomados y por los que son de canuto honorario. Pero pienso, desde la cripta de mi profunda ignorancia, que con esas "mievreries", con esos requilorios, no se logrará una Habana más bella. Por otra parte, tengo la vaga convicción de que el Banco Nacional de Cuba pretendió construir antes, en la manzana prohibida, y ahora, en la Avenida del Puerto, un noble palacio arquitectónico para el Banco Nacional de Cuba. No trata, según las pruebas aportadas, según los planos estableci-

L

dos, de construir un depósito de trastos viejos, un bar con rótulos de luz neón o una funeraria bien surtida. Además, la tesis de la llamada zona bancaria es justa. Hoy, las ciudades dotadas de una modernidad dirámica, a pesar de su ennoblecida vejez, tienden a la diversificación: la Ciudad Médica, la Ciudad Filmica, la Ciudad TV., la Ciudad Flan. Son zonas espléndidas: para los que cuidan de nuestra salud, para los que divierten nuestros ojos, para los que fabrican merengues tiernos y panetelas en estado de embriaguez. En cambio, aún no existe en el averiado perímetro de La Habana, la Ciudad Sarcófago, y por eso las funerarias irrumpen alegremente por todas partes, junto a un restaurant lujoso, frente a un cine, en las estribaciones de un polvoriento y minúsculo parque ciudadano, donde, en la alta noche, se reúnen los vendedores de churros para canjear sus pensamientos, con salobre franqueza y lenguaje muy neto. Tengo el recuerdo de un amigo que trató de desembarazarse de una funeraria que le habían instalado junto a su casa. Recurrió a procedimientos melódicos. Implantó un gran amplificador de fonógrafo en su terraza. Pretendía introducir en los velorios, para dispersar la concurrencia, la majestad de la Novena Sinfonía y el júbilo vertiginoso del último mambo. Fue el esfuerzo inútil. La funeraria quedó clavada en su esquina como un peñón inmovible, apto para desafiar las tempestades. Mi amigo, mi pobre amigo, fué condenado por daño a la propiedad y profanador de cadáveres. Desde luego, mi pobre amigo, que, después de una vida ejemplar, recibió sobre su cráneo tan honesto ese escarnio de aparecer ante los ojos entristecidos y estuporosos de sus hijos como profanador de cadáveres, sólo quiso repeler un "funeral home" ruidoso de la vecindad de su inmueble. Era un hombre sensible, nervioso. Un hombre que se ofuscaba con el perfume de las coronas de flores; ese ciudadano modesto, pero tan frecuente, que estimulado por su amor a la vida, provisto de una salud robusta y visceral, le teme siempre a la muerte. Ah, desde luego: mi excelente amigo, ese abominable profanador de cadáveres, no era un urbanista.

Diario de la Marina
 10 Nov. 1953